Pantheon.

Cruz Blanco

Image not found.

Capítulo 1

Prólogo.

Un paso dentro, nunca avanza.

Domingo 31 de diciembre de 1984. Pantheon, Hungría.

Muchas veces el tiempo nos lleva a donde la vida parece transcurrir deprisa. Alvin Whitaker, se levantó temprano ese día; estaba ansioso por mirar como su familia prepararía la casa para festejar la venida de un nuevo año. El pueblo de Pantheon estaba en pleno auge económico y su alcalde, el Mayor William Norton había usado unos cuantos recursos para adornar la ciudad especialmente ese día. Luces de colores se enarbolaban en cada poste y Asta del pueblo, a su vez también se llevó a cabo una celebración especial en la iglesia en la que el Obispo dedicó varios minutos a la reflexión espiritual de los feligreses y su habitual sermón y explicación de la biblia para luego de ello invitar al coro de la iglesia a entonar las notas de la Oda a la Alegría de Schiller. Todo era festejo y regocijo en Pantheon, un pueblo que por primera vez en veinte años había encontrado paz y bienestar económico a pesar de la baja población y las bajas temperaturas que solían tener.

– ¡Alvin! –Le llamó su madre– ¡hijo, date prisa o llegaremos tarde!–

– ¡Enseguida estoy abajo! –Dijo aquél mocito de apenas ocho años de edad, quien torpemente se ataba los cordones de sus zapatos en la habitación del primer piso de aquella elegante casa, ubicada en uno de los sectores más emblemáticos y pudientes del pueblo.

–Como tardas, cariño. Ya la misa ha dado inicio, nos perderemos el prólogo –le comentó su madre.

–Lo siento, mamá –se disculpó agachando la mirada– es que no había alcanzado a atarme los zapatos bien y me tardé un poco más de lo esperado.

–No importa –le respondió su madre y dulcemente le besó la frente– el caso es que ya estás listo. Tu padre y tu hermana nos esperan en el auto, los abuelos ya deben estar en la iglesia, así que ven, vamos. –Finalizó entonces y se llevó a su hijo tomado de la mano hasta el auto.

A veces el tiempo nos lleva a lugares donde la vida parece transcurrir deprisa… Pero otras veces, es la vida la que nos lleva a sitios donde el tiempo transcurre demasiado lento. En uno de los barrios pobres de Pantheon había una antigua casa, enorme, tan grande que abarcaba toda

una cuadra completa, pero esta casa estaba abandonada desde hace veinte años atrás. Los vecinos de esa casa habían escuchado historias terribles sobre ella, cosas que eran verdaderamente imposibles de mencionar así que se mantenían lo más alejados posibles de la Cuadra Umbría, dónde hace poco más de veinte años habitaban Ágnes y Gaspár Bakó junto a sus dos hijas gemelas Eleonóra y Erzsébet, una familia que según los periódicos de 1961 hubiera fallecido a causa de la poliomielitis. Hace ya mucho tiempo de ese acontecimiento, en aquel entonces era una de las familias más pudientes y sumamente clasista de Pantheon. Mucho se especuló sobre su muerte pero nadie le dio mucha importancia y dejaron que los años se llevaran por su cuenta la memoria de aquella mansión imponente que hoy en día lucía congelada, tétrica y rústica.

–Y eso es lo que cuentan de esa casa –le comentó su hermana Delilah a Alvin aprovechando que a lo lejos se veía aquella vieja mansión– aunque también dicen que pudo haber sido un asesino sanguinario que los tomó por sorpresa por la noche y les desgarró el pecho –finalizó burlándose de forma siniestra de su hermano pequeño.

– ¡Mamá! –Gritó asustado el pequeño– ¡lo está haciendo de nuevo!

–Delilah, por enésima vez, deja de asustar a tu hermano –comentó la madre en tono severo y luego ella volteó los ojos en señal de hastío

–No eres nada valiente, Al –le comentó su hermana.

–Tus historias me asustan, no me agradan –dijo un tanto temeroso.

–Es porque eres un quejica sin remedio…

– ¡No lo soy! –Gritó Alvin–

– ¡Claro que lo eres! –le respondió su hermana.

– ¡O hacen silencio ambos o a ambos los dejaré yo mismo dentro de la Cuadra Bakó! –Les reprendió su Padre.

Muchas otras veces los hermanos solían discutir pero Alvin siempre solía perder las discusiones, debido a que es un niño muy dulce y tímido casi nunca pasa mucho tiempo discutiendo con Delilah, por lo que ésta siempre sacaba partido de ello.
Pantheon era un pueblo bastante quieto y pintoresco, al pequeño Alvin le Fascinaba todo el pueblo con excepción por supuesto de aquella vieja mansión. Cuando las fiestas se acercaban todos los ciudadanos del pueblo iban a la iglesia a dar las gracias por un nuevo año y a compartir con algunos vecinos que no siempre pueden ver con frecuencia debido a que algunos ahora trabajan fuera de casa. Tal es el caso del señor Bennedict Bonet quien recibe la visita de su hijo cada año el 31 de diciembre junto con su nuera y sus nietos. Todo es alegría y sentimiento en estas fechas, pero incluso en el día más hermoso una oveja perdida puede volverse el almuerzo de un lobo.

–Mamá –susurró Alvin al oído de su madre mientras el Obispo explicaba la Biblia.

–Ahora no Alvin –en el ambiente se escuchaba al Obispo leer el evangelio de Juan 1,1-18; y su madre oía atenta, al igual que su padre.

Alvin se había percatado de que su hermana no se encontraba en la misma banca que sus padres, intentó decírselo a su madre pero ésta no le prestó atención, con su padre fue el mismo resultado. Pensó por un momento y dedujo que su hermana debía estar en la tienda al otro lado de la calle, que es una tienda que a ella le gusta mucho ya que venden su chocolate favorito y suele hacer chocolate caliente con éste. Alvin se levantó cuidadosamente del banco y salió a buscar a Delilah, le pidió ayuda a Thomas, el tendero de la esquina para cruzar la calle. Thomas era amigo de la familia de hacía ya muchos años y Alvin simpatizaba mucho con él porque por ser un hombre de una avanzada edad y por tener tantas historias interesantes que contar le recordaba mucho a su abuelo. Al llegar a la tienda, Alvin preguntó al encargado si su hermana estaba allí pero el encargado le respondió negativamente. Era raro que Delilah desapareciera de esa forma, así que pensó que quizá ella había regresado a la iglesia. Volvió con Thomas para que lo ayudase de nuevo y echó la mirada a la iglesia, sus padres estaban allí pero no pudo ver a su hermana. Mirar a su alrededor era verdaderamente fascinante en algunos casos pero esta vez miró porque una voz le susurró algo que no pudo entender al oído. Alvin nunca había sido un niño aventurero pero la idea de que quizá era la voz de su hermana la que había escuchado lo hizo aventurarse un poco más allá de la iglesia. Dando pasos en dirección contraria al lado oeste de la iglesia, el pequeño fue escuchando esa voz cada vez más claro.

"Alvin…"

Escuchó perfecto que su nombre había sido pronunciado por la voz de una niña. Se extrañó mucho de que una niña pronunciara su nombre, especialmente porque sus amigos solo eran Nikolai y Henrry, un par de chicos que vivían cerca de su casa y que asisten con él a la escuela.

– ¿Quién anda ahí? –preguntó.

"Alvin…"

–Estoy buscando a mi hermana, se llama Delilah. ¿Sabes dónde está? –preguntó al vacío y de repente una nube gris se ciñó sobre él y las pisadas que había dado, de pronto se volvieron un sendero entero que parecía que llevara horas caminando.

"Un paso fuera… Avanza dos…" –susurró la voz y como un flash de fotografía frente a Alvin apareció lo que a él más temía– *"Un paso dentro…*

No avanza nunca…"

Alvin se congeló, miró la mansión de arriba abajo y sintió como un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. No podía moverse, no entendía que pasaba y la voz no decía nada coherente. Justo después de un momento, Alvin reaccionó al mirar la bufanda de su hermana en el suelo del pórtico de la mansión, dio un paso hacia adelante para entrar en la residencia Bakó y un gato tuerto, todo sucio y maltrecho lo miró, era un gato bastante feo que terminó girando su cabeza para no seguir viendo a Alvin y luego salió de la Mansión. Alvin caminó un poco más hasta tomar la bufanda de su hermana, al hacerlo aquella enorme puerta de madera con leones tallados en ella se fue abriendo lentamente frente a él.
Los paisajes que muestra el mundo no son siempre hermosos, a veces son horribles y espeluznantes; y Alvin estaba a punto de descubrirlo. Alvin contempló el interior de aquella antigua mansión, lo dejó sorprendido cuan enorme era pero lo que más llamó su atención fue que el gorro de lana que Delilah llevaba y que casualmente era su favorito, estaba ahí, tirado en medio del recibidor.

"No entres…" –dijo la voz.

– ¿Mí hermana está aquí? –preguntó Alvin asustado.

"Sí…"

– ¿Podrías decirle que salga? –dijo y titubeando dio un paso que lo acercó a la puerta.

"No puede…" –volvió a susurrar la voz.

–Es que tiene que salir, debemos volver a la iglesia, nuestros padres nos esperan –avanzó un paso nuevamente y…

"No pueden…" –respondió la voz en un susurro más bajo que los anteriores.

– ¿Por qué no? –Preguntó Alvin tembloroso y se percató de algo que la voz estaba a punto de revelarle, cuando repentinamente una niña de tez pálida más o menos de su edad con un vestido púrpura, de cabello negro y coletas sujetadas por lazos blancos, se le acercó y le susurró al oído –*"ya están dentro…"*–

La puerta tras él se cerró rápida y estruendosamente, una brisa gélida azotó las ventanas y sacudió las cortinas. Alvin gritó desesperado el nombre de su hermana y se dirigió a la puerta recién cerrada, dándole golpes y tratando de abrirla. Fue gritando el nombre de Delilah pero nadie le respondía– ¡Déjame salir! –le pedía a aquella voz que tanto le había hablado hace minutos atrás, pero nadie le respondía– ¡Delilah, ¿Dónde

estás?! –en un grito increíblemente ruidoso preguntó por el paradero de su hermana…

"Arriba…"

La voz volvió pero no para brindar esperanza sino para todo lo contrario. El pequeño Alvin miró hacia arriba muy despacio, tembloroso y preocupado de lo que encontraría. Al ver hacia el techo, un grito ensordecedor se apoderó de la casa, el suelo que Alvin pisaba se llenó de un líquido amarillento, su orina había empapado el suelo y sus pantalones beige. Lo que había visto arriba había sembrado en Alvin un miedo tan terrible que lo hizo comprender que nunca más saldría de aquella Mansión.

Capítulo 2

Capítulo 1.

El secreto de Pantheon.

Noviembre 29 de 1985, oficinas del New York Times.

Un poco de bullicio en las calles de Nueva York hizo que esta ciudad siempre fuera cuna de problemas para los ciudadanos; y gracias a ello hay dos tipos de justicieros en la ciudad. El primero, es ese oficial de policía cuya bizarría lo hace luchar contra el crimen y proteger a los ciudadanos; y el segundo es diferente, en contravención del oficial, el segundo es más como un vigilante pacífico cuya arma no es más que un papel y un bolígrafo. Los reporteros que se dedican a desenmascarar y sacar a la luz aquellos oscuros crímenes que algunas personas o empresas no quieren que sepas, son ese segundo justiciero. Tal es el caso del señor Nathan Williams, un reportero del New York Times que desde hace veinticinco años reside en la isla de Manhattan y trabaja en las oficinas de la Dama de Gris escribiendo los reportajes sobre crímenes que suceden en la ciudad; también es un hombre bastante hábil y sagaz, lo cual lo ha llevado varias veces a colaborar con la policía de Nueva York al resolver alguno que otro caso.

Ese día las cosas se habían salido de control en la oficina porque había llegado el rumor de que a Nathan, le asignarían un caso fuera del país y sus amigos, quienes forman parte del equipo de redacción le esperaban en dicho departamento para celebrar también su cuarta nominación al Pulitzer.
Desde hace unos meses el New York Times estaba interesado en unas misteriosas desapariciones en un pequeño pueblo minero de Hungría, era una noticia que había estado circulando por unos meses en Nueva York y en Londres. Connor Ackerman, el jefe de redacción había llamado a Nathan para que fuera a su oficina para contarle con detalle en qué consistiría su labor.

– ¡Ahí viene el tres veces ganador del Pulitzer señores, hagan espacio para él! –comentó su amigo Abraham cuando miró a Nathan atravesar la puerta del departamento de redacción.
– No seas payaso, Abe –respondió Nathan con una sonrisa.
– Este sujeto es una de las figuras más importantes del periodismo norte americano; y está dispuesto a rechazar la pleitesía que se le rinde… Señores, eso es humildad –vio a su amigo y le dio un abrazo en señal de felicitación, todos los miembros del departamento de redacción aplaudieron y festejaron con gritos de ánimo hacia Nathan.

– Ganar tres años consecutivos y ser nominado nuevamente es algo excepcional, Nate –comentó Cortés– felicidades.

– Gracias, Cortés –respondió plácido.

–Lo cierto es, amigo mío, que nuestro equipo no estará completo sin ti. Será mejor que te cuides en Hungría, mi primo Roberth estuvo allá hace un par de años, dice que vio un fantasma en el hotel donde se quedaba –contó Abe.

– ¿En serio? –preguntó Cortés.

– Totalmente. Hay rumores bastante raros sobre ese país. Y las mujeres son como una maldición, dicen que son brujas o algo así –sentenció.

– Primero, son gitanas, las llaman gitanas; y segundo, más respeto por las mujeres –le corrigió Nathan– mi madre es de Hungría y te aseguro que ni siquiera puede leerme el pensamiento, mucho menos lanzar un conjuro –finalizó y todos rieron– Siempre es un placer verlos, amigos míos. Ahora si me disculpan, debo ir a la oficina del señor Ackerman –se despidió de sus compañeros y fue directo a la oficina del jefe de redacción.

Cuando llegó allí, había un hombre sentado frente al escritorio de su jefe. A diferencia de sí mismo, el sujeto era caucásico y de cabello rubio. La curiosidad sobre su identidad le surgió al instante, pero era cuestión de tiempo para que la saciara.

– Buenos días, jefe –saludó y se acercó a estrechar la mano de Ackerman.

– Buen día, Williams. Tome asiento –le indicó cortésmente luego de corresponder el gesto y éste procedió– él es el señor Jacobs, es un detective privado de Inglaterra. Somos amigos desde hace años y tiene conexiones con la policía internacional y la C.G.I.U…

– ¿C.G.I.U? –preguntó extrañado.

– Unidad de investigación de crímenes globales –respondió el señor Jacobs– vine hoy aquí porque Connor me llamó y me comentó lo que estaba sucediendo. He seguido las desapariciones desde hace dos años y debo admitir que me tiene preocupado lo que está pasando.

– Entonces sí me llamó para investigar las desapariciones en Pantheon –dijo Nathan.

– Sí, pero no fue mi idea en principio –explicó el señor Ackerman.

– En la C.G.I.U hay un agente que ha seguido su trabajo. Su nombre es Joseph Cross, él pidió que viniera por usted. Cree que si un periodista con su reputación nos ayuda resolveremos más rápido la investigación, las cosas serán más sencillas y resolveremos el caso a tiempo. –le explicó Jacobs.

– ¿Resolver el caso a tiempo? Discúlpenme, pero creo que estoy perdido. Primero, ¿a qué se refiere con eso de resolver el caso a tiempo? –preguntó Nathan extrañado, mientras se inclinaba hacia delante y miraba bastante dubitativo al detective. –Y segundo, ¿qué cree que esté pasando

en Pantheon?

– Creo que puede haber un asesino serial… Verá, este asesino tiene un patrón bastante peculiar. Solo ataca los treintaiuno de diciembre, si nos vamos hoy llegaremos mañana en la noche. Y tendremos que comenzar lo más pronto posible con la investigación.

– ¿Por qué no hablan con el gobierno? Debería ser más fácil si los Estados Unidos se involucran en esto –sugirió Nathan.

– La C.G.I.U es financiada por el gobierno norteamericano y por el Reino Unido. El elemento por Inglaterra, soy yo. Usted, me temo es el que ha designado su gobierno. El periodista más prestigioso de los últimos tres años cuya reputación es intachable… Creo que usted es la persona indicada para este trabajo. Solo debe aceptar. –expresó Jacobs con un tono bastante calmado, buscaba darle confianza y tranquilidad a Nathan, quien por alguna razón se veía un tanto inquieto.

– Entonces, ¿salimos hoy? –pregunto expectante.

– Si acepta, sí. Hoy mismo.

– Iré a preparar mis maletas y a despedirme de mi madre –se levantó de la silla y fue directo a la puerta, pero antes de abrirla se detuvo un momento y le inquirió al detective.

– ¿Hay algo más que deba saber?

– En Pantheon hace un frío infernal… Debería llevar ropa bastante abrigada. –contestó Jacobs mientras tomaba un vaso de cristal lleno con un poco de whiskey que Ackerman le había preparado previamente y lo bebió.

– Muy bien, volveré aquí cuando esté listo…

Las historias que Nathan solía escuchar de su madre sobre Budapest, Tokay otros lugares de Hungría nunca fueron precisamente de su agrado, a pesar de que ella atesoraba hermosos recuerdos con su familia cuando vivía en Tokay. Una de las cosas que mantenía preocupado a Nathan, era el hecho de que tendría que ir a un lugar totalmente nuevo para él a perseguir a un asesino e intentar atraparlo, algo que en Nueva York era prácticamente su pan de cada día pero que en otro país, quizá no lo sería. Al llegar a su apartamento en Queens, Nathan llamó a su madre para darle aviso de que se iría a Hungría por trabajo, le comentó que llegaría a Phanteon con un detective inglés para intentar resolver unas desapariciones.

– ¿Por qué tú? –preguntó su madre preocupada.

– Al parecer fui recomendado por un detective llamado Joseph Cross. No puedo decirte mucho, madre, me temo que esto es algo en lo que no tengo opción.

– Pero deseas ir, ¿no es así? –inquirió su madre.

– Tal vez la encuentre si voy… –respondió en voz baja.

– Debes olvidar, hijo. No vayas, no quiero que estés en ese lugar. Si han desaparecido muchas personas quizá sea peligroso hasta para ustedes, ven de nuevo a Manhattan, aquí tu padre y yo te recibiremos como siempre. Nunca has tomado un descanso de tus labores de

periodista, este es el momento. –él lo pensó; y a pesar de que eran ciertas la palabras de su madre, Nathan solo quería encontrar respuestas a preguntas que se había hecho hace muchos años y que aún seguían sin respuesta.

– Te quiero, mamá. Envíale saludos a papá de mi parte. Llamaré cuando llegue a Pantheon. Hasta entonces. –terminó de hablar y colgó el teléfono.

El destino opera de formas insólitas, nunca sabemos cómo fluirá, ni si lo hará en la dirección que queremos seguir pero, algo es seguro, el destino no espera a que estemos listos. El destino se coloca su mejor traje cuando se prepara para salir a escena, nunca se pregunta si luce bien o mal, simplemente se vista con lo mejor que tiene y sale a hacer su obra, al fin y al cabo, cuando él llega… Nadie lo vio venir.
Unas horas después, tanto el detective Jacobs como el señor Williams estaban en el avión, llegarían directo a Budapest y de allí tendrían que esperar un transporte que los llevaría a Pantheon. En el avión, el detective Jacobs le dio todos los detalles necesarios a Nathan sobre el caso, algunos expedientes y sus credenciales como investigador de la G.C.I.U para que pudiera operar legalmente mientras estuvieran en Hungría. Sin embargo, el detective quería saber más de su nuevo compañero.

– Aceptó sin oponer resistencia… No sé si es porque está comprometido con eso de ayudar a las personas o porque tiene algún interés en específico en este caso –le comentó el detective a la par que tomaba una copa de vino que había pedido anteriormente.

– Dígame detective, ¿cuántos años tiene ejerciendo? –preguntó Nathan mientras apartaba su mirada del libro que estaba leyendo.

– Catorce años. ¿Por qué la pregunta? –replicó.

– Porque debería saber que hay cosas que no debe preguntar. En especial a alguien a quien acaba de conocer –sonrío plácido y de un segundo a otro volvió a endurecer su expresión para continuar leyendo.

– Supongo que ya habrá tiempo para conocernos mejor –comentó en voz baja y se terminó la copa de vino.

02:45 a.m. Pantheon, Hungría.

Habían llegado hace unas horas al pueblo. Tan solo entrar, el cambio de temperatura se hizo extremadamente notable y el silencio de la noche completaba el ambiente tétrico que en ese momento, pensó Nathan, habían hecho al pueblo merecedor del nombre que hoy en día ostentaba. Justo frente en la plaza central los esperaba un hombre con un anorak negro, gorro marrón y orejeras, abrigado por todas partes. Sus guantes eran bastante gruesos y sus botas tenían el aspecto de que llevaban siglos pisando nieve, Nathan no podía creer que el ambiente estuviera así de frío, hasta que se bajó del auto y lo comprobó él mismo.

– Si en el infierno hace más calor, no me molestaría irme allí –comentó Nathan mientras intentaba auto calentarse con sus manos.

– Y aún es aceptable el clima, a medida que pasen los días la temperatura irá descendiendo cada vez más y más –dijo el sujeto.

– Mucho gusto –dijo Jacobs mientras extendía su mano hacia aquél y se saludaban como caballeros– yo soy el detective Jacobs, Irving Jacobs; de Inglaterra. Mi compañero aquí presente es el periodista Nathan Williams, de Estados Unidos, somos las personas enviadas por la G.C.I.U. Le mostraría nuestras credenciales pero me temo que para eso deberíamos buscar un lugar más propicio –explicó ya tiritando.

– Olivér Dobos. Espero que no hayan traído mucho equipaje, bajaré las maletas; los ayudaré mientras llegamos a la posada –sentenció y se fue acercando al maletero del automóvil.

– ¿Iremos a pie? –Preguntó Nathan extrañado.

– Mire a su alrededor señor Williams… Ningún auto podría atravesar la ciudad el día de hoy, hay al menos unos treintaicinco centímetros de nieve en las calles y los caminos están congelados. Con suerte pudieron traerlos hasta aquí.

Darse cuenta del volumen de nieve en el ambiente fue el segundo paso para convencerse de que éste sitio tenía algo raro. Era increíble como cambiaron bruscamente de una ciudad como Budapest, dónde había once grados centígrados, a un pueblo donde la temperatura llegaba a los cuatro grados bajo cero. El camino hacia la posada se fue haciendo cada vez más pesado, ellos habían traído tres maletas, dos personales y la que necesitaban para el equipo que usarían mientras estuvieran en Pantheon. El detective Jacobs se acercó al señor Dobos y le cuestionó un momento acerca de las desapariciones, éste solamente le respondió– hace mucho frío en el ambiente, debemos seguir caminando –Jacobs miró a Nathan y simplemente continuaron con la caminata. Luego de varios minutos llegaron a una gran cabaña de madera situada junto a la estación de bomberos y frente a una cafetería.

–Listo –comentó Olivér al abrir la puerta– bienvenidos a “La Flor Silvestre”, la mejor posada del pueblo… Pasen adelante.

Una posada con un aspecto rústico pero que en aquel lugar era bastante acogedora, las paredes estaban adornadas con cabezas de muflón, ciervo rojo, corzo, gamo y algunas de jabalí. En el recibidor principal, frente a la recepción había una gran alfombra de oso pardo tendida sobre el suelo frente a la chimenea. Para Nathan, el sentido de tenebroso en este momento involucraba nieve, bajas temperaturas y silencio, elementos que no estaban en la posada. Había ruido, pero era en su mayoría gente hablando entre sí y un restaurante al fondo del pasillo que seguramente vendría a ser una especie de “PUB” inglés.

– Que irónico, ¿no cree? –Preguntó el detective– La Flor Silvestre está en uno de los puntos menos propicios para que una planta crezca.

Simpática paradoja.

– Iré a registrarnos –comentó Nathan– Gracias por su ayuda señor Dobos, fue muy amable –le extendió la mano, ambos se despidieron y Nathan le dio una propina por haberlos ayudado con el equipaje– Nos veremos mañana.

Se dirigió con tranquilidad a la recepción, a medida que iba avanzando miraba las cabezas de animales que yacían colgadas en las paredes. Un panorama que en otro momento le habría causado horror, pero que en este preciso instante prefería ignorar, ya que el cansancio solo le podía permitir pensar en una cama sobre la cual reposar. Al llegar al escritorio de la recepción tocó una pequeña campana de plata que estaba sobre éste y una mujer le atendió.

– Üdvözöljük a "La Flor Silvestre" a legjobb fogadó Pantheon. Mit tudok segíteni? –le comentó la mujer en Magyar. Nathan había aprendido húngaro con su madre desde muy pequeño, pero no le gustaba mucho hablarlo; siempre se quejaba de que le era muy molesto. Aunque ya estaba acostumbrado al idioma aún se le hacía difícil entender los diversos acentos que tenían las personas, pero con un poco de esfuerzo comprendió que ella le preguntó en qué podría ayudarlo.

– Szeretnék regisztrálni. Jövök az Egyesült Államokban –contestó.

– Uhhh, americano –dijo ella bromeando– ¿qué te trae tan lejos de tu país y tan lejos de la capital del nuestro? Mucho gusto, soy Nóra, dueña del lugar –finalizó y le extendió su mano.

– Nathan –correspondió el gesto– soy periodista, vengo por trabajo y quisiera registrarme a mí y a mí compañero, por favor. Los señores Williams y Jacobs.

– Enseguida –dijo al momento y hojeó el libro de reservaciones– su húngaro es muy bueno por cierto –comentó.

– Gracias…

– Todo listo… –dijo mientras tomaba un par de llaves y una hoja– Aquí tiene sus llaves. Enseguida hago que lo acompañen a su habitación.

– Muchas gracias… Disculpe, ¿cuál dijo que era su apellido?

– No lo dije. –Sonrió– Veres, Nóra Veres…

Unos minutos después tanto el detective Jacobs como yo fuimos llevados a nuestras habitaciones por uno de los empleados del lugar. El primero en quedarse en su habitación fue él, nos despedimos y acordarnos levantarnos temprano para tomar el desayuno e ir luego a preparar el equipo necesario para ponernos a investigar. Por los momentos solo quería descansar y olvidarme del pesado viaje y del frío de este pueblo.

– Para ser un lugar helado, el agua es bastante cálida –comentó para sí mismo Nathan. Mientras salía de la ducha, contempló por un momento su habitación y se acercó a la ventana. Miró hacia el vacío como implorando por una señal de esperanza– Sé que estás ahí fuera, voy a

encontrarte… Voy a encontrarte. –se fue a su cama para intentar conciliar el sueño y disfrutar de unas horas de relajación, pero la mente del ser humano a veces juega con recuerdos que no deben ser traídos de vuelta.

De nuevo… La historia… Cuéntala…

Voces del pasado suelen azotar las calles de éste pueblo, voces que son los susurros de los desamparados, los lamentos de los desdichados, voces que solo quieren ser oídas. Incluir a los seres queridos dentro de estas voces duele de la forma más inimaginable que pueda existir, nadie podría nunca si quiera creer que sabe lo que esto se siente. En el pasado, Pantheon tenía vida, vida más allá del frío, más allá del silencio. Era verdadera vida, las personas siempre sonreían, los niños corrían y jugaban entre ellos, los hombres trabajaban día tras día y en las noches siempre llegaban a casa cansados de su labor en las minas pero con ánimos de hablar y jugar con los hijos y las esposas que esperaban siempre atentos en las casas del pueblo… Pantheon sí tenía vida pero…

07:05 a.m.

Golpes en la puerta despertaron al joven Nathan, giró su cabeza aún adormilado hacia la mesita de noche donde estaba su reloj y vio la hora. Se levantó de inmediato y respondió a los golpes de puerta –Estoy despierto– comentó –Bajaré en cinco minutos– el detective Jacobs era quien tocaba y le dijo que lo esperaría en la cafetería de la posada. Estirarse, bostezar, asearse y vestirse, todo eso fue hecho en unos minutos. Al terminar con su aseo personal, Nathan se vistió y tomó su reloj, lo miró nuevamente pero esta vez algo le causó una fuerte impresión; el segundero de su reloj no funcionaba, estaba atascado y era como si intentase seguir en marcha pero no pudiese. Atascado entre los números cinco y seis el segundero seguía repitiendo el mismo defecto, aún incluso luego de que Nathan le diera unos leves golpecitos contra su mano. No era tiempo de arreglar un triste reloj así que Nathan se dirigió a la cafetería. Una vez allí, ubicó al detective y se sentó junto a él, ordenó un par de tostadas con tocino y huevos más un café, mientras que a Jacobs le habían traído un desayuno completo inglés; éste comenzó a explicarle a Nathan lo que harían esa mañana.

– Primero quisiera hablar con Olivér, creo que nos ocultó algo anoche –comentó mientras tomaba un poco de su té.

– Primero, creo que va a morir de un infarto, todo lo que está en su plato está frito. Eso no puede ser sano –replicó Nathan– Si necesitamos correr en algún momento, seguro no durará ni dos minutos.

– Tengo treintaicinco años, llevo toda mi vida desayunando lo mismo. Mantengo mi buena salud desde que nací y nunca he tenido problemas al perseguir a un sospechoso. Lo único que podría retrasarme

sería este clima. Pero mi dieta no es el punto de discusión, tenemos que acordar un plan para hacer que la investigación avance –respondió.

– Muy bien –suspiró– ¿qué tiene en mente? –preguntó mientras el mesero le traía su desayuno.

– Como le decía, creo que es importante hablar con el señor Dobos, creo que sabe algo sobre las desapariciones. Pero será mejor si solo uno de nosotros habla con él.

– ¿Y mientras tanto yo que haré? –cuestionó mientras veía al detective Jacobs engullir un trozo de tocino y huevo.

– Necesitaré que hable con la dueña de la posada –le respondió mientras se limpiaba los labios con la servilleta luego de haber tragado su bocado– Hable con ella, estoy seguro que debe haber escuchado algo. Hable también con el cantinero, si hay alguien en este pueblo que sepa de rumores, le aseguro, ese es el cantinero.

– ¿Y qué pasará con los familiares de los desaparecidos? –inquirió.

– Yo me encargaré de eso.

– De acuerdo –dijo y tomó un poco del jugo que había ordenado– ¿A qué hora deberíamos estar de vuelta en la posada? –preguntó expectante.

– Á la hora en que hayamos encontrado una pista. Tenemos cuatro semanas para resolver esto antes de que alguien más desaparezca, así que no podemos desperdiciar el tiempo.

– Está bien, le avisaré cuando tenga alguna noticia.

Continuaron con su desayuno por unos minutos, luego ambos se levantaron y comenzaron con las labores que tenían planeadas. Las personas del pueblo no eran muy abiertas al momento de hablar sobre las desapariciones de Pantheon aunque tanto Jacobs como Nathan eran buenos para conseguir información sobre lo que les interesara. Nathan fue al recibidor para hablar con Nóra pero no la encontró; una de las empleadas le dijo que Nóra había ido a la iglesia a hablar con el Padre, él le agradeció y preguntó a qué hora podría encontrar al cantinero; la chica le comentó que el cantinero solía llegar a las diez con treinta de la mañana. Nathan fue a su habitación para tomar su ropa y así ir bien protegido del frío hasta la iglesia. Al salir de la posada, Nathan logró contemplar con total claridad el paisaje del pueblo, la blanca y brillante nieve se veía hermosa sobre las calles por la mañana, parecía que fuese un pueblo distinto. En las calles las personas caminaban y hablaban con tranquilidad; se detuvo en un parque en el que habían jóvenes patinando sobre un lago congelado, vio a varias parejas de la mano y a un par de ancianos sentados en una banca cerca de la estatua central del parque, uno leyendo el periódico y el otro hojeando un libro –Si no fuera porque lo veo con mis propios ojos, diría que es un lugar totalmente distinto– pensó por un momento antes de proseguir su camino. Llegando a la iglesia, uno de los cordones de su zapato se había desatado y se agachó para atarlo de nuevo, cuando lo hizo miró al frente por inercia y un gato manchado y tuerto estaba frente a él. No le dio importancia y terminó de atarse los

cordones y se levantó para entrar a la iglesia. Dentro admiró los cuadros y el diseño de la cúpula. Era un cielo pintado con un azul claro y varias nubes donde reposaban pequeños ángeles, niños con alas y en el centro la imagen de Jesucristo con los brazos abiertos como preparado para recibirlos en el cielo… Quedó absorto por un momento…

– Americano –le llamó Nóra y él volteó inmediatamente– ¿Haciendo un poco de turismo por Pantheon? –le cuestionó y se cruzó de brazos con una sonrisa.

– Buenos días, señorita Veres. Estaba mirando el techo –miró y apuntó hacia arriba– es un trabajo muy hermoso, es una cúpula bastante original.

– Gracias, fue un trabajo difícil, pero es gratificante que alguien reconozca mi esfuerzo –dijo un hombre, con un anorak negro.

– Señor Williams, le presento al Padre Carmine –comentó y extendió su brazo para señalarlo –él mismo pintó la cúpula que tanto le gusta.

– Mucho gusto, Padre Carmine –a la par que lo saludó extendió su mano para estrechar la de él; un gesto que fue correspondido.

– Es un placer, señor Williams. Nóra –se dirigió a ella mientras le colocaba su mano en el hombro– no te preocupes por la petición, está hecho. Te espero mañana por aquí, si deseas hablar conmigo puedes venir a cualquier hora. Deberías traer al señor Williams mañana, seguro le gustará la misa –dijo– Bueno, debo irme. Si necesitan algo más, pueden hablar con el Vicario Jankovic, él los atenderá –finalizó y se marchó.

– Es un sujeto bastante agradable –comentó Nathan.

– Sí, además es bastante sabio. Supongo que es una de las mejores cosas que le ha pasado a Pantheon en los últimos años… –dijo mientras veía marcharse al Padre Carmine, pero volteó a mirar a Nathan súbitamente– ¿Es usted católico, señor Williams?

– Sí, así es…

– Entonces tal vez quiera acompañarme mañana para la misa.

– Podría ser… Por cierto, la estaba buscando. Quería hablar con usted.

– ¿Me buscaba? ¡Vaya!, me siento importante. ¿Cómo supo dónde encontrarme? –preguntó entre bromas.

– Una de sus empleadas me dijo donde estaría, solo espero no haberla interrumpido –se disculpó amablemente.

– No te preocupes americano, cómo pudiste ver, mi reunión con el Padre Carmine ya se había terminado, iba de salida cuando te encontré –le guiñó un ojo y sonrió– ¿Y bien, de qué querías hablar conmigo?

– Es sobre las desapariciones que han ocurrido en los últimos años, quisiera saber un poco más sobre eso…

– Bien… Mejor volvamos a la posada, este tipo de cosas no se hablan fuera de casa.

Ambos se fueron a pie, de vuelta a la posada y entraron directo a la oficina de la señorita Nóra. La oficina tenía muchas fotografías de su

familia, los Veres parecían ser una familia bastante importante allí en Pantheon; pero por lo pronto a Nathan le interesaba saber el por qué al parecer nadie quería hablar de las desapariciones.

– Bien, ahora sí –comentó mientras colgó su abrigo en un perchero y le ofreció a Nathan colgar el suyo y que tomase asiento– ¿Por qué quiere saber sobre las desapariciones?... Algo me dice que no estás aquí solo de turista, ¿no es así, americano?

– No, me temo que no. Estoy aquí por una investigación. Al igual que el detective Jacobs, fui enviado por la G.C.I.U… Unidad de Investigación de Crímenes Globales, debido a que han desaparecido desde húngaros como turistas de varios países o miembros de familias americanas e inglesas establecidas aquí. Nuestra labor es descubrir que pasa y atrapar al responsable de las desapariciones. Es por ello que necesito su total colaboración. Espero que pueda ayudarme –le comentó y terminó mostrándole su credencial de investigador.

– Entiendo –suspiró y se relajó en su silla– Bien, ¿qué es lo que quiere saber?

– Por lo pronto quiero saber, por qué nadie quiere hablar de este tema en el pueblo… Me parece bastante extraño.

– El año pasado habíamos experimentado uno de los mejores años a nivel económico en la ciudad. Como podrá entender, con este frío, las minas casi siempre están cerradas, por lo cual, la actividad comercial de los metales que conseguíamos allí ha menguado bastante. En años anteriores eso le costó mucho dinero a la ciudad, pero el Alcalde logró que se abrieran algunas minas al sur del pueblo que eran un poco más cálidas y se podía trabajar hasta después del medio día, con eso el pueblo se fue levantando… El problema era que varias personas ya habían desaparecido antes y los rumores de las desapariciones de hace tres años hicieron que entre el 82’ y el 83’ los inversionistas dejaran el pueblo. Es por esta razón que el alcalde decretó que no se hablara más del tema en las calles ni en locales nocturnos. Busca hacer todo lo posible por mantener al pueblo vivo.

– ¿Y qué hay de los desaparecidos? La policía investigaba algunos casos, según lo que tengo entendido, no fue sino hasta el 79’ que comenzaron a tomarse en serio las desapariciones. ¿No has oído si han avanzado o algo?

– En lo absoluto… Lo único verdaderamente raro es que desaparecen los treinta y uno de cada diciembre, siempre es igual.

– ¿Es un día especial para el pueblo?

– Qué yo sepa no, no lo es…

– ¿Quisieras contarme algo más? –preguntó Nathan.

– No se me ocurre nada que pueda ayudarte, la verdad estas desapariciones me preocupan tanto como a ustedes.

– Otra cosa… ¿Alguna vez viste a esta chica? –Dijo y le mostró la foto de una joven mujer– se perdió aquí mismo, hace ocho años. Su familia la está buscando.

– No, lo siento… Quisiera ayudarte en algo más. Pero por favor,

no dejes de preguntarme si necesitas ayuda en el caso –se ofreció encantada.

– Está bien… ¿Sabes quien más podría ilustrarme sobre esto?

– Sí… Iván Petrovski. Su familia también podría saber algo. Ellos tienen años viviendo aquí. Quizás recuerden algo.

–Gracias –dijo y se levantó de la silla– Si necesito algo más, te buscaré…

Podrás pensar que puedes controlar las situaciones, pero no hay nada más lejos de la realidad que pensar que se controla algo. Hay cosas que siguen sin encajar en esta versión de los hechos. Palabra tras palabras podrías cambiar la ruta de tu destino…

No es así… El cuento cambia cuando lo lees así…

Capítulo 3

Capítulo 2.

"Érase una vez una princesa que caminaba por los jardines del palacio. Un día decidió entrar en el antiguo depósito del castillo para ver qué se almacenaba ahí dentro. Su padre, el rey, se molestó mucho con la pequeña princesa por entrar en el deposito, así que mandó a llamar a los guardias y ordenó que la decapitaran…"

El frío en Pantheon iba incrementando poco a poco, a medida que los días pasaban tanto la nieve como la temperatura se sentían más en el ambiente. El detective Jacobs seguía investigando los acontecimientos por separado de Nathan, mientras que éste procuraba averiguar la mayor cantidad de información que pudiera por parte de los propios ciudadanos de Pantheon sobre las desapariciones. Habían hablado anteriormente con las familias de los desaparecidos y con varios pobladores, entre ellos el cantinero de la posada en la que se quedaban y la dueña de ésta. Aún quedaba alguien en la lista de personas por visitar, Nathan había obtenido el nombre de la familia Petrovski y se lo había dado a Jacobs para que fuera a investigar. Entretanto, Nathan seguía averiguando por su cuenta la historia del pueblo aunque las personas le hablaban de muchas cosas, ninguna parecía encajar con la versión que le dio Nóra sobre las desapariciones; y lo que el cantinero le contó no fue de mucha ayuda. La mayoría de los ciudadanos hablaban de que el pueblo tenía una maldición que lanzó una gitana hace más de cien años y que por eso la nieve en el pueblo siempre estaba presente. De ser cierto el hecho de la maldición, cómo se explica que las desapariciones hayan tomado lugar tan solo hace veinte años atrás. Habían transcurridos cinco días desde que llegaron al pueblo, cinco días en los que no habían apartado su mente del caso, cinco días en los que no habían encontrado explicación alguna para las desapariciones y a Nathan esto parecía afectarle. Por si fuera poco las cosas en el pueblo estaban tornándose un tanto tensas. Las personas comenzaron a salir menos, no estaban con la misma frecuencia de antes en las calles y no parecían tranquilas, algo sabían ellos que no querían comentárselo a los extranjeros que llegaron para ayudar.

– Disculpa, sírveme un poco de vodka –pidió Nathan al cantinero. Mientras lo bebía no dejaba de pensar en el verdadero motivo por el que había ido a Pantheon. Estaba absorto en sus pensamientos, prácticamente no escuchaba su entorno… Fue cuando una voz susurró a su oído.

– “Nathan…” – Reaccionó de pronto asustado y se levantó intempestivamente para mirar a su alrededor.

– Wow, quieto ahí americano –le comentó Nóra, quien casi era atropellada ante el brusco movimiento que dio Nathan– ¿qué te pasó? Pareciera que viste un fantasma –dijo y se rió.

– Yo… Lo siento… Tú… ¿Tú me llamabas? –preguntó confundido.

– No –lo miró extrañada– ¿estás bien? –preguntó con un tono de preocupación.

– Sí –contestó distraído mientras miraba a su alrededor como buscando a alguien.

– Ok, entiendo –dijo y se giró hacia el cantinero– Max, prepara una botella de vino tinto para la pareja del 015, Abigaíl vendrá a buscarla en seis minutos.

– Enseguida jefa –respondió y se puso a trabajar en el pedido.

– Escucha –volvió a dirigirse a Nathan– se nota a millas de distancia que estás distraído y preocupado, tal vez deberías tomarte un descanso –se expresó preocupada y condescendiente, tratando de encontrar la mirada perdida de Nathan– no te pido que abandones el caso, solo, has algo diferente por unas horas.

– Gracias… Por preocuparte pero, creo que estaré bien –comentó y dobló una sonrisa en sus labios.

– De acuerdo… Quizás yo pueda…

De pronto un hombre interrumpió bruscamente en la posada gritando fuertemente, había llegado hasta el bar solo para dar las malas noticias que acababan de suceder– ¡Asesinaron a la señora Orslov, asesinaron a la señora Orslov! –Todo el mundo volteó sorprendido y horrorizado hacia él. El cantinero salió de la barra y trató de tranquilizarlo un poco– ¡La mataron, ¿no lo entiendes?, la mataron! –el sujeto estaba bastante alterado, tomó tiempo calmarlo pero lo lograron, cuando estaban yendo al pasillo para tratar de digerir lo que había ocurrido, Nóra y Nathan se toparon con Jacobs quien estaba saliendo de su habitación.

– ¿Qué sucede, a qué viene tanto alboroto? –preguntó Jacobs.

– Asesinaron a la señora Orslov, una de las personas más viejas del pueblo.

– Eso no puede ser cierto –respondió Jacobs bastante consternado.

– ¿Cómo dijiste que se llamaba la mujer con la que irías a hablar hoy? –Preguntó Williams.

– Maldita sea –farfulló Jacobs– esto no me agrada. Tenemos que ir a la escena del crimen, esto no puede ser coincidencia.

– De acuerdo. Iré por mi abrigo. –Comentó Nathan.

– ¿De qué hablan? –Les preguntó Nóra mientras sostenía por el brazo a Nathan bastante preocupada– Miren la hora. Son las nueve y cuarto. La temperatura ya descendió a los siete grados. Eso sin mencionar que probablemente hay un asesino suelto por ahí. No voy a dejarlos ir.

– Si tanto te preocupa nuestro bienestar, llévanos tú misma y espera por nosotros –le sugirió Jacobs

– Bajo ninguna circunstancia –comentó Nathan– eso sería…

– Hecho. Andando… Mi camioneta está lista para salir, los veo afuera en un par de minutos, iré por mi abrigo. –dijo y se marchó en busca de su abrigo.

– Felicitaciones, acabas de involucrar a un civil en una investigación policial. Ni siquiera nosotros deberíamos ir. –replicó Nathan.

– Mí testigo, mis reglas… Aparte, necesitábamos quien nos llevase. Y siendo honestos, ella se hubiera ofrecido sola, yo solo le di el empujón final que necesitaba –concluyó

– Usted hará que yo termine odiando a los policías…

Al finalizar esa breve conversación, se prepararon y en unos minutos Nóra llegó y los llevó en su camioneta hasta la calle doce de Polton Street. La policía de Pantheon había cercado el perímetro pero tanto Williams como Jacobs salieron del auto y se dirigieron a la escena. Al llegar allí hablaron con el encargado de la escena, quien luego de que estos le mostraran sus credenciales los dejó pasar.

– Demonios, esto es un verdadero chiquero –comentó Jacobs.

– Esto… me da nauseas –dijo Williams.

– Tenga algo de templanza, Williams.

La casa estaba llena de sangre por todas partes, la señora Orslov no fue la única víctima, sino también sus gatos. La casa estaba de cabeza; y cuando llegaron a la cocina pudieron ver el cuerpo de la Señora Orslov que yacía tirada en el suelo, empapada en sangre.

– ¿Qué?… ¿Qué es esto?... ¿Qué significa esto, Jacobs? –preguntó Williams horrorizado y atónito.

– Significa que estamos cerca… Tan cerca, que nos quieren alejar.

Inspeccionaron la escena junto con los demás oficiales. Nathan estuvo intentando hacer un perfil psicológico del asesino por orden del detective Jacobs; desafortunadamente no tenía suficiente para ello. Luego de unas horas, el teniente de la estación llegó a la escena del crimen, un hombre bastante alto de unos cincuenta o sesenta años se le acercó a Williams y a Jacobs.

– ¿Quiénes son ustedes? –preguntó aquel sujeto.

– Somos los agentes Jacobs y Williams, formamos parte de…

– No quiero saber de dónde vienen ni para quién trabajan. Fui claro al preguntar, quiénes son –sentenció de forma demandante y rígida, tanto que el propio Jacobs dio un pequeño paso atrás.

– Irving Jacobs y Nathan Williams… –respondió serio.

– Los agentes de la C.G.I.U, ya veo. Gracias por venir pero, su presencia no es necesaria en esta escena del crimen. Así que un oficial los escoltará.

– Espere, ¿quién es usted? –preguntó Jacobs preocupado.

– Soy el teniente Oskár Vastagh. Oficial Rigó –llamó a uno de los policías que estaban detrás de ellos– escolte a los agentes hasta afuera. Creo que vinieron con la joven Nóra Veres, llévelos hasta su auto. Hay que ser corteses con los invitados. –finalizó y Jacobs frunció el seño en señal de desconfianza. Williams notó aquel gesto y guardó silencio.

Fueron escoltados hasta la camioneta de Nóra, allí ésta solo encendió el motor y esperó a que ellos abordaran. Fueron conduciendo poco a poco hasta la posada, pero Williams no pudo controlar su curiosidad y le preguntó a Jacobs qué era lo que estaba pensando con respecto a Vastagh. La respuesta de Jacobs fue sumamente sencilla, pero bastó para que Williams se diera cuenta de que las cosas se estaban tornando intensas –Me da muy mala espina ese hombre– fueron sus palabras. Nóra lo miró por un momento, pero no hizo comentario alguno al respecto. Al llegar a la posada, Jacobs se dirigió a su habitación, dijo que leería de nuevo la investigación. Nathan quiso ayudarlo, pero Jacobs le dijo que descansara –En la cara se te nota que no has conciliado el sueño en días. Descansa, necesitarás fuerzas para investigar lo que en verdad viniste a investigar– Nóra escuchó esas palabras y sintió curiosidad por saber que significaban.

– Oye, ¿te molesta si te invito un trago? –le preguntó Nóra.

– Necesitaré más de uno para digerir lo que acabo de ver –dijo desanimado.

– La casa invita –le sonrió y lo miró directo al rostro por unos instantes. Ambos se fueron hasta el PUB de la posada y comenzaron a hablar– Entonces ¿hay alguna señora americana en tu vida? –preguntó Nóra.

– No –dijo entre un par de risas– lo más cerca que he estado del compromiso fue hace un año, cuando trabajé por nueve meses continuos en un caso de homicidio junto con la jefatura número doce de Nueva York.

– Wow –dijo burlándose con impresión de ese hecho– seguro fue apasionante –comentó y se echó a reír mientras tomaba un poco de vodka.

– Oh, sí que lo fue –respondió a gusto– pero basta de hablar de mí, ¿qué hay de usted?. Una magnate de la hostelería en medio de uno, por no decir que el más helado punto geográfico de la tierra… Después de los polos… Creo. Seguro tienes una historia amorosa oculta –sonrió y la acompañó con un trago de vodka también mientras ella se reía.

– No es oculta, estuve comprometida con un sujeto de aquí mismo… Todo era muy hermoso y perfecto…

– Por favor, puedo ver el "pero" a kilómetros –la interrumpió Nathan para luego beber un poco más de su trago.

– Pero… –rió y se extendió un poco al decirlo.

– Ahí está –sonrió.

– Digamos que mi madrina de bodas, quien también era mi mejor amiga, se preocupó tanto por mí, que quiso comprobar que mi futuro

esposo estuviera bien físicamente –culminó.

– ¡Vaya! Qué gran historia. Por las madrinas de bodas –levantó su vaso para hacer un brindis.

– ¡Salud! –Respondió Nóra y ambos se terminaron sus tragos– Pero, Jacobs dijo algo que me hizo pensar un poco sobre tus intenciones en el pueblo.

– ¿Ah sí? –comentó extrañado– ¿Y qué fue lo que dijo?

– Dijo algo sobre que viniste a investigar algo más, aparte de las desapariciones –lo miró directo a los ojos.

– Claro… –su expresión cambió súbitamente– Sí, bueno…

– Despacio galán, no quiero que se te crucen las palabras –comentó intentado volver a poner una sonrisa en su rostro.

– Supongo que ese bastardo ya lo sabe. No veo porqué no debas saberlo tú –le dijo mientras contemplaba apenado el vaso de vidrio vacío– el asunto es que vine a este lugar porque hace cuatro años alguien importante para mi estuvo de visita también aquí. Nunca supimos nada de ella luego de que llegase y, las autoridades no fueron de mucha ayuda.

– ¿Quién era ella? –preguntó avergonzada por haber evocado malos recuerdos tan de repente.

– Mi hermana menor, vino de visita al pueblo porque quería conocer un poco más Hungría, empezando por los pueblos como Pantheon.

– ¿Ella desapareció también?

– Sí. Pero a diferencia de los casos actuales, de ella no se tiene registro.

– Cuanto lo siento… No fue mi intención…

– Descuida –comentó mientras se levantaba de la mesa– Yo sigo sin superarlo. Y es por ello que estoy hoy aquí, pienso encontrarla– dijo cuando un murmullo le llegó al oído. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

– ¿Sabes qué creo?... Que vas a encontrarla –le dijo Nóra.

– Eso espero –respondió volviendo a mirarla. Ambos terminaron conectando sus miradas por varios minutos, Nóra se levantó para despedirse y dejar el PUB. Una vez frente a Nathan, colocó su mano en la mejilla de él y besó su rostro.

– Que descanses, americano.

Ambos se fueron a sus habitaciones. Mientras Nathan caminaba a su habitación, escuchó una voz decir su nombre. Aquellas cosas que la gente puede escuchar cuando están ebrios son cosas bastante extrañas pero, la voz que Nathan había escuchado no era producto del alcohol, alguien lo había llamado…

"Nathan…"

– ¿Hola? –Preguntó al vacío del pasillo– ¿Hay alguien ahí?

"Nathan…"

– ¿Hola? –Volvió a preguntar. Al final del pasillo vio la silueta de una niña, pensó que ella lo estaba llamando, así que fue caminando hacia ella– Oye –dijo– Oye, niña –a pesar de que llamó a la pequeña varias veces, ésta no se inmutaba. Nathan se fue acercando cada vez más y más. La niña estaba caminando enfrente de él, llevaba una bata blanca, descalza y sostenía un osito de felpa.

"Ella está aquí…"

– Espera –dijo al oír la voz nuevamente y al ver que la niña estaba a punto de abrir la puerta– ¡Espera! –gritó y corrió hasta ella.
– ¡Mami! –Exclamó asustada la pequeña y acto seguido su madre abrió la puerta.
– ¿Qué? –se preguntó Nathan bastante extrañado luego de ver de cerca a la niña.
– ¿Qué sucede cariño? –preguntó la madre a ésta, la cual aún no había notado la presencia de Nathan– ¿Quién es usted? –inquirió la mujer bastante preocupada y sorprendida al verlo, mientras tomaba a su hija y la pasaba hacia la habitación.
– Yo… Yo, lo siento… Una… –dijo Nathan y comenzó a sentirse mal– La voz… Yo… Escuché…

"Nathan…"

Fue la última palabra que escuchó antes de desmayarse. Al día siguiente despertó en su habitación, con la misma ropa de la noche anterior. La resaca era amplia y al parecer no recordaba nada de lo que había pasado. Junto a él estaban Nóra y Jacobs.

– ¿Qué sucedió? –preguntó adolorido.
– Te desmayaste el pleno pasillo… Les diste un susto tremendo a una mujer y a su hija. ¡Vaya hombre!, si no puedes beber no deberías hacerlo. Tamaño irresponsable.
– Aún no te levantes, reposa un poco. –le sugirió Nóra.
– Yo estoy bien… Estoy… –Quiso continuar pero el dolor de cabeza no lo dejó.
– Vigílelo por mí, señorita Veres. –le dijo Jacobs.
– De acuerdo.
– Espera, ¿a dónde vas?...
– El señor Dobos quiere hablar conmigo, iré a verlo.
– Te acompaño…
– Ni de chiste. No pienso llevar a un ebrio a cuestas. Quédate en tu habitación –finalizó y salió de allí.
– ¿Ahora sí me dirás lo que pasó? –Nathan la miró por un momento y luego miró su reloj; al hacerlo, su segundero seguía repitiendo el mismo patrón que hace cinco días atrás. Atascado en entre los números

cinco y seis.

– Yo… No estoy seguro de que pasó. –la miró preocupado

– Deberías contarme lo que ocurrió desde el principio –le dijo.

– Es que no lo sé… Solo recuerdo que iba a entrar en mi habitación y luego… –hizo una breve pausa– La voz.

– ¿Qué voz? –preguntó extrañada.

– Nada… Olvídalo.

– Claro…

En la residencia de la familia Dobos.

Jacobs había vuelto a casa del señor Olivér Dobos, anteriormente éste le había comentado de ciertas cosas que pasaban en el pueblo. Ciertamente había brindado información pero, no era información muy creíble. Nada más llegar a su casa vio la puerta entre abierta, pasó pero con su mano derecha sobre el arma que solía llevar en la cintura, solo por si llegaba a necesitarla. La casa parecía estar normal pero, sentado en el sofá de su sala se encontraba el señor Olivér, absorto mirando un cuadro.

– Buenos días señor Dobos –dijo mientras se relajaba y bajaba la guardia– veo que despertó temprano hoy.

– La escuché… –dijo sin apartar su vista de la pared.

– ¿Perdón? –preguntó Jacobs confundido.

– Ella lo hace para engañarnos…

– ¿Quién quiere engañarnos, señor Dobos? –Inquirió aún más confuso.

– Quiere llevarnos a todos… Es nuestra culpa…

– Señor dobos, ¿qué es lo que está pasando? –Preguntó– ¿Lo que me está diciendo se relaciona con las desapariciones? –culminó y el señor Olivér lo miró de repente y se levantó de su silla.

– ¡Si quiere llevarme, que venga por mi alma! –gritó iracundo ante el detective Jacobs, quien dio un paso atrás y sacó su arma para apuntar al señor Olivér.

– No avance ni un paso más señor Dobos.

– ¡Maldita, Maldita, Maldita! –Continuaba gritando al aire– ¡Te la llevaste a ella, pero no me llevarás a mí! –Sacó una navaja del bolsillo de su pantalón– ¡No me vas a llevar!

– ¡Baje el arma ahora mismo, Olivér! –Gritó Jacobs en señal de advertencia.

– Detective –se dirigió a él– El principio y el final, siempre se repite. Siempre, eternamente. Los susurros son la clave. Le hicimos mucho daño a este pueblo. Sálvelos, a los que quedan. Tráigalos de vuelta… A todos. –Finalizó y acto seguido se hundió la navaja en la yugular. No dudó ni un segundo, se abrió la garganta de par en par.

Las palabras que dijo quedaron en la mente de Jacobs. Llamó a la policía tan rápido como pudo, buscó ayuda y en unos minutos después los

oficiales volvieron por el cuerpo.

– ¿Qué fue lo que sucedió, detective Jacobs? –Preguntó el teniente Vastagh.

– Vine a hablar con él. Me había llamado el día de ayer, quería decirme algo pero… –se quedó en silencio por un momento.

– ¿Pero qué, detective? –preguntó el Teniente Vastagh y Jacobs reaccionó de nuevo.

– Pero… Solamente hablaba de una deuda… Decía algo sobre que por esa deuda se la llevaron.

– ¿A quién se llevaron? –inquirió Vastagh.

– No lo sé, señor. Le hice la misma pregunta, también le pregunté a quien le debía. Al final, terminó sacando su navaja y suicidándose.

– Es una pena –contestó el Teniente– era un buen hombre. Uno de los más respetables del pueblo. Qué lástima que haya decidido quitarse la vida. Eso es todo detective, puede irse.

– De acuerdo, señor… –comentó y fue marchándose.

– Y detective… –le dijo– le recomiendo que permanezca alerta. A medida que el tiempo pasa en Pantheon, las calles se vuelven más peligrosas. No podré garantizar su seguridad si va dando paseos por ahí a cualquier hora –finalizó el teniente y Jacobs tan solo lo miró con cierto recelo y siguió su camino.

"¿Por qué tuvo que cortarle la cabeza? El rey era su padre. Los padres siempre quieren a sus hijos. No me gusta esta historia. No me gusta… No me gusta… No me gusta… No me gusta… No me gusta… No me gusta… No me gusta… No me gusta… No me gusta… No me gusta… No me gusta… No me gusta… No me gusta… No me gusta… No me gusta… No me gusta… No me gusta… No me gusta… Cuéntame una diferente…".

La delicadeza inédita de Pantheon se vio sepultada bajo la densa capa de nieve, el frío y el silencio abrumador que dos semanas después azolaba las calles vacías del pueblo. Los pobladores permanecían encerrados en sus casas, la posada estaba vacía y solo quedaban dos residentes dentro de ella. Ya no estaban trabajando ni el personal de limpieza ni el de mantenimiento. Ya era veinte de diciembre y Nathan no tenía idea de qué pudo haber pasado con los desaparecidos. Sin embargo, Jacobs había actuado raro desde el suicidio del señor Dobos, parecía saber algo pero no lo compartía. Williams intentó varias veces entablar conversación con él pero, intentos fueron en vano. Otrora, él no habría intentado semejante cosa, pero la expresión desencajada en el rostro de Jacobs lo tenía preocupado. ¿Qué podía haber averiguado su compañero que lo tuviera tan fuera de sí? Aquellas ojeras, aquella barba que comenzaba a crecer, las pocas ganas de comer y los prolongados paseos en la noche con una

temperatura que estaba cada vez más cerca de los cero grados centígrados tenían preocupado tanto a Nathan como a Nóra.

El veintiséis de diciembre, Jacobs tocó a la puerta de la habitación de Nathan. Era la primera vez en más de tres semanas que éste hablaba con él.

– La investigación…
– ¿Estás bien? –preguntó Nathan preocupado, mientras veía a un Jacobs bastante desgastado.
– No tengo más tiempo –dijo con una mirada vacía y espeluznante.
– Escuche, debemos llamar a un médico. Iré a buscar a Nóra.
– ¡No! –Gritó– Toma –dijo y le dio un cuaderno, varios papeles y su arma– termina con lo que yo empecé. Mantente lejos de la calle diecisiete, esquina Spring. No la escuches, la voz te quiere llevar allá. Hay algo más. No lo he visto… Pero hay algo más.
– No está bien, de acuerdo. Guardaré todo pero debe ir al médico…
– Lo siento… –comentó y sin más ni más golpeó fuertemente a Nathan en la cabeza y lo dejó inconsciente.
– Ella me llama… Sabe que estoy cerca, por eso debo alejarme… Tú tienes que terminar con esto. Todos están involucrados…

El viento casi nunca suele soplar con tanta intensidad en el desierto. Cuando lo hace, levanta el polvo y la arena que tiene el camino hasta crear una tormenta, tormenta que suele retrasar el camino a quienes viajan a través del inclemente desierto. En Pantheon, el viento siempre está soplando intensamente, es por ello que siempre hay tormentas en sus calles. Eran casi las doce de la noche en el pueblo, no había ni una sola alma en las calles de Pantheon, pero a lo lejos del lado Este, se podía ver la silueta de un hombre caminar en dirección al sur, donde se encuentran los barrios pobres del pueblo. Con pasos torpes, a medida que iba pasando, algunas personas que seguían despiertas y miraban desde sus ventanas el exterior de sus hogares lo vieron. Cada paso lo acercaba más a un destino incierto…

"Irving…"

– ¿Por qué me haces esto? –preguntó.

"No entres…"

"Irving…"

– ¿Quién eres? –inquirió de nuevo.

"No la escuches…"

"Soy Alana…"

– ¿Eres tú?... ¿De verdad eres tú? –preguntó con los ojos inundados en lágrimas…

"Da la vuelta…"

"Ven conmigo…"

– No sabes cuánto te extrañé… –dijo y frente a él se alzó como con un flash de fotografía, de manera repentina, una imponente y horripilante mansión.

"Aún… estás… a tiempo…"

"¡Ayúdame!"

Un gritó estrepitoso salió de la mansión, Jacobs usó toda la energía que tenía para correr rápidamente hasta la puerta. Al hacerlo, pudo ver de reojo a un animal al lado del portón frente a la mansión, parecía ser un gato bastante golpeado y desnutrido. No le puso mucha atención y corrió, atravesó las enormes puertas de la mansión y comenzó a llamar a alguien.

– ¡Alana! –Gritó– ¡Alana, cariño respóndeme! –Acto seguido, una niña de piel pálida se presentó frente a él– ¿Quién eres? –Preguntó, pero la niña no le respondió– ¿Alana está aquí verdad? –Preguntó desesperado– ella está aquí, ¡yo escuché su voz!

– *Ella no está aquí…* –respondió la niña con una voz extraña.

– ¿¡Dónde está mi esposa!? –gritó jacobs.

– *Muerta…* –le respondió aquella niña tan siniestra.

– No… no es verdad…

– *Y pronto… muerto…*

– No es verdad…

– *Tú también lo estarás…*

– ¡Noooooooooooooooooo! –Un último grito se oyó dentro de la mansión, luego las puertas se cerraron estrepitosamente y así permanecieron.

El silencio abrumador se volvió a apoderar de la mansión. No se oyeron más voces y ningún vecino dijo nada. El destino selló las puertas de aquélla tétrica morada y se llevó consigo la memoria de un alma atormentada.

“Esta historia sí me gusta más…”

Capítulo 4

Capítulo 3.

La posada en la mañana del día siguiente, se había llenado de oficiales de policía. El teniente Vastagh asistió personalmente al lugar para hablar con Nathan sobre la desaparición del detective Jacobs. Nóra se encontraba con Nathan, atendiéndole el golpe que tenía en la cabeza, El teniente Vastagh entró a la oficina de Nóra y los vio, fue directo a donde estaba Nathan y le miró el golpe.

– Parece como si alguien lo hubiese golpeado fuertemente –comentó. Nathan lo miró por pocos segundos y recordó aquellas palabras que Jacobs le había dicho unas semanas atrás "Ese hombre me da muy mala espina"– ¿Quiere compartir lo sucedido conmigo?

– No fue nada. –Contestó de inmediato– Estaba por tomar un baño pero, resbalé y me di un golpe contra la pared. –El teniente lo miró bastante ofuscado, pero no lo expresaba con palabras.

– Espero que ese golpe no halla borrado de su memoria los acontecimientos, señor Nathan Williams. –dijo.

– ¿Ya tienen idea de adónde se fue el detective Jacobs? –Preguntó Nóra, el teniente le respondió sin apartar la mirada de Nathan, quien había bajado su rostro para evitar observar a aquel hombre.

– Seguimos investigando… Tan pronto como tengamos algo al respecto se lo haremos saber. –Sentenció erguido y firme ante Nathan– Por otro lado, –dijo y volteó a mirar a Nóra– tomaremos su declaración más tarde, señorita Veres. Por favor, vaya a la comisaría luego.

– Entendido, teniente.

– Y señor Williams… Hablaré con usted mañana, dejaré que el golpe se repose por un día. No es necesario que le recuerde que no puede abandonar el pueblo ni el país. –Nathan inmediatamente volvió a mirarlo, pero esta vez fue una mirada fría y vacía.

Las cosas en el pueblo estaban poniéndose más difícil… esa noche en Pantheon, la temperatura bajó hasta los menos catorce grados centígrados, el frío se tornaba insoportable y no se podía calmar fácilmente.
Nathan se mantuvo esa noche en su habitación. La calefacción al máximo y todo un termo de café caliente para combatir el frío, más el uso de sábanas y abrigos para no congelarse, fueron sus compañeros en ese momento mientras revisaba los documentos que Jacobs le había dejado…

– Caso Dubois, caso Jersen, caso Krank, caso Patterson… no puedo creer que todas estas personas hayan desaparecido y nadie sepa nada –comentó y miró las fechas de los archivos– ¡Vaya! –Dijo

extrañado– Jacobs lo ordenó todo… qué sujeto, es demasiado organizado. Maldición, ¿en dónde diablos estarás, Jacobs?

Nathan pasó la noche revisando todos los documentos que Jacobs le dejó en su habitación, no había un solo detalle sin explicar en ellos. En una de las carpetas había un manuscrito que ponía "Familiares", Nathan la tomó y la comenzó a leer… había una carta en específico para él, así que la abrió.

"Día 21.

Hablé con los padres de las últimas víctimas desaparecidas, los Withaker. Creo que fui muy duro con ellos. Al final de todo estaban destrozados pues sabían que no volverían a ver a sus hijos, dejé la grabación de nuestra entrevista en la cinta 005-WE. Sí llega a leer esto, quiero que sepa que no podré ayudarle más, sea lo que sea que me haya pasado, ni siquiera se le ocurra distraerse del caso para pensar en ello. He descubierto una cantidad de cosas sobre este pueblo que me han hecho enloquecer y, probablemente para cuando lea esto, yo ya esté sumido en mi locura. Todo lo que he investigado, las preguntas que he hecho a los familiares de las víctimas han sido exactamente las mismas pero, no todos contestaron de la misma forma. Podrá entender de mejor manera lo sucedido si lee los archivos en orden, después de los Jersen puede saltarse el resto de las familias, ellos no cooperaron. Le pido por favor no me juzgue y le notifique a la G.C.I.U mi desaparición luego de cerrar el caso…"

¿Qué significaban aquellas palabras?, se preguntó Nathan. Parecía una carta de despedida, era como si Jacobs no fuera a volver jamás.

– Familia Dubois –leyó Nathan en el primer archivo– veamos que dice la entrevista…

<u>Entrevista Dubois.</u>

– Señora Dubois, ¿cuándo desapareció su hijo?
– Hace cinco años…
– ¿Lo notificó a la policía?
– Así es…
– ¿Qué acciones tomaron?
– Me dijeron que comenzarían la búsqueda tan pronto como pudieran…
– ¿Lo buscaron?
–Ellos dijeron que sí. Vinieron a mi hogar cuatro días después,

dijeron que no lo encontraron, solo hallaron su bufanda…
– Dígame algo, esto quedará entre nosotros… ¿qué cree usted que le sucedió a su hijo?
– No lo sé… (NOTA: comenzó a ponerse nerviosa, evitaba el contacto visual)
– ¿Le preocupa saber el paradero de su hijo?
– No…
– ¿No le preocupa saber dónde está su hijo?
– Sí… es decir…
– ¿Qué le sucede, señora Dubois?
– Nada… debe irse…

NOTA: Entrevista del 6 de diciembre de 1985. Rápida y sin nada que ayude a la investigación.

– Esa no fue una entrevista precisamente reveladora –comentó Nathan mientras tomaba otro folio– veamos qué más hay aquí

<u>Entrevista Krank.</u>

– ¿Hace cuánto desapareció su hijo, señor Krank?
– Seis años…
– ¿Lo notificó en su momento?
– Sí… lo hice…
– ¿La policía buscó a su hijo?…
– El jefe Vastagh lideró la operación de búsqueda, como en los otros casos. Aunque las demás familias encontraron algo de sus familiares, la policía no encontró nada del mío…
– Señor Krank, ¿Qué cree usted que le sucedió a su hijo?
–…
– ¿Señor Krank?
– Nadie… nunca pedimos esto… hacemos lo mejor posible por ser justos, honestos… Personas como usted, le hicieron esto a nuestra tierra, vinieron para engañarnos y hacer toda clase de aberraciones…
– Señor Krank, yo solo vine a ayudar…
– La última vez que un extranjero vino a ayudar fue hace cuarenta años… desde entonces no ha dejado de nevar…
– Creí que la nieve tenía veinte años
– Váyase de mi casa…

NOTA: Entrevista del 9 de Diciembre de 1985. Ninguna respuesta que me sirva… por el contrario, otra pregunta más que solo causa confusión.

<u>Entrevista Patterson.</u>

Tan solo pude llegar al pórtico de la casa… no me dejaron entrar, pero pudo responder algunas cosas desde la puerta y aunque no fueron muchas, me brindó la ayuda que necesitaba. Después de la muerte de la señora Orslov comencé a sospechar de la policía por la actitud que tomaron cuando llegamos a la escena del crimen. Con mi visita a los Patterson, me di cuenta de que no éramos bienvenidos al pueblo. Señor Williams, los ciudadanos no confían en nosotros, aquellos que nos hablan con toda tranquilidad son mal vistos en el pueblo. Le pregunté a la señora Emily Patterson si alguna vez les habían dado órdenes de no hablar con nosotros; ella respondió que sí. También pregunté por lo que sucedía en el pueblo, el tema de la nieve; al fin pudo responderme algo totalmente concreto. Dijo que la nieve tenía el mismo tiempo que tenía de fundado el pueblo bajo el nombre de Pantheon, dijo que no podía ayudarme más y que tenía que irme. Estaba asustada, aún sigo sin entender qué rayos sucede en este lugar, pero estoy muy cerca. Tengo un contacto en la estación de policía, un sujeto que nos ayudará en cualquier momento. Va a entregarme la carpeta del caso de la señora Orslov, el veintiocho de diciembre, en la posada de Nóra.

– ¿Cómo? –Pensó atónito– mañana, demonios. Esto no puede ser bueno bajo ninguna circunstancia. Mañana debo ir a la estación de policía para hablar con el teniente Vastagh… ¿Qué voy a hacer? –en ese momento, Nathan se llevó las manos a la cabeza y una carpeta se cayó del escritorio. Los papeles se dispersaron por el suelo de la habitación y, cuando iba a recogerlos miró una hoja en especifico, una hoja con un dibujo bastante extraño que parecía ser un dragón o una serpiente mordiéndose su propia cola– ¿Qué clase de cosas estabas investigando, Jacobs? –en ese momento, Nathan maldijo no haber sido más comunicativo con su compañero inglés. Tomó la hoja y la colocó a un lado; miró el resto de los folios hasta dar con el archivo de los Jersen y comenzó a leerlo.
A diferencia de las demás familias, los Jersen parecían ser un poco más abiertos en cuanto a lo acontecido en el pueblo. En la explicación de Jacobs sobre ellos, resaltaba que eran parte del clan conocido como las doce familias de Pantheon. Las doce familias, era un grupo peculiar de emigrantes que llegaron a Hungría a mediados de los años veinte. La fundación de Pantheon se hizo oficial en el año de mil novecientos treinta, desde entonces, la nieve apareció en Pantheon, aunque no de la misma manera en la que se aprecia ahora. En aquél entonces era menos precipitada y el frío no era tal como para que llegase a pasar más abajo de los cero grados. La persona que se entrevistó con Jacobs había sido la señora Nina Jersen, una de las últimas fundadoras de Pantheon, quien a su vez parecía muy convencida de que no le quedaba mucho tiempo de vida, pues le explicó a Jacobs que respirar ya le era difícil y que él tenía que tener paciencia si quería información de ella. Una de las cosas que Jacobs le preguntó a la señora Jersen fue ¿si la desaparición de su nieto,

Conrad, le había sorprendido?; era una pregunta muy rara, pensó Nathan, pero siguió leyendo para luego cuestionarse todas las preguntas que quisiera. La respuesta de la señora Jersen fue el asunto más escabroso de todos.

– No importa cuán seguros estemos en nuestras habitaciones, en nuestros hogares. Todos sabemos que nuestra hora y la de nuestros descendientes llegará, ya sea por la inclemencia del tiempo, o por la mano de la venganza.

Esas fueron las tétricas palabras de la señora Jersen, Jacobs las anotó y apostilló a un lado– **Algunas cosas carecen de explicación, pero esta la tiene.**

Todo el documento de la entrevista con la señora Jersen tenía frases de ese tipo, era como si supiera cuál sería su destino y el de sus familiares. Jacobs, hábilmente le hizo la pregunta que rondaba en la mente de Nathan– **¿Entonces las doce familias saben cuál es su destino?** –la respuesta de la señora Jersen fue corta y precisa, claramente le respondió que sí. Las doce familias habían participado en un ritual para traerle prosperidad al pueblo, un ritual pagano que se suponía limpiaría las impurezas del mismo con el blanco brillo invernal y el nuevo bautizo de su nombre. Lastimosamente y para desagrado del pueblo entero, éste ritual se tornaría en la maldición que hoy por hoy asediaba el lugar con recurrentes nevadas, altas temperaturas y desapariciones inexplicables. La muerte de la señora Orslov fue el primer indicio que la señora Jersen divisó como la señal de que el tiempo le estaba llegando a las doce familias. La entrevista fue más que reveladora y, aunque la señora Jersen no recordaba todos los detalles, le describió a Jacobs los líderes de las doce familias que aún quedaban en el pueblo; entre ellos, Vladimir Koz, ella, Oskar Vastagh; el padre del teniente Vastagh, Ingrid Strauss y Kain Nabine. Con el transcurrir de los años, las familias aprendieron que lo que habían hecho no era suficiente para la prosperidad del pueblo, pues aún no cesaba la nieve, uno de esos días, a mediados de mil novecientos treintaicinco, llegó el hijo de una de las doce familias, que se encontraba en Grecia estudiando economía, también había pasado una temporada en Suramérica conociendo su cultura… En los relatos de de su regreso, cuenta la señora Jersen que volvió con una mujer de piel morena, aparentemente nativa de Suramérica, quien había aprendido a hablar Magyar con él. Ambos tuvieron varios años aquí y cuando los padres del joven murieron, él y su esposa asumieron el control del Concilio de las doce familias. Ahí fue cuando todo se volvió gris en el blanco y brillante Pantheon.

– Ese fue el comienzo de lo que hoy es nuestro turbio presente –dijo la señora Jersen.

– ¿A qué se refiere? –Preguntó Jacobs– ¿Qué hicieron ellos?

– No solo fueron ellos –dijo ella– fuimos las doce familias.

Consentimos las artes oscuras banales que su esposa trajo al pueblo. Lo que habíamos hecho nosotros no fue más que un antiguo ritual escandinavo que servía para traer pureza a las familias, le imploramos a los antiguos dioses que reinaban estas tierras que bendijeran a Magya, que era como se llamaba el pueblo en aquél entonces, antes de renombrarlo. De las doce familias, los más espirituales eran los Bakó, ellos fueron quienes hicieron el sacrificio a los dioses.

– ¿En qué consistía tal sacrificio? –inquirió Jacobs.

– El primer primogénito de la familia más importante debía ser entregado a los dioses, a cambio, éstos se convertirían en los representantes de Magyna, la Diosa de la paz y la sabiduría en la tierra, eso les concedería sabiduría a ellos para llevar al pueblo al rumbo más adecuado y de esa forma, hacer de Pantheon, el pueblo más próspero de Hungría. La señora Bakó estaba embarazada, tenía ocho meses y esperamos el momento adecuado para que durante el parto se hiciera la ceremonia. Todo salió bien, el bebé había nacido varón y fue entregado a Magyna…

– No puede ser –se expresó Jacobs atónito al ver la expresión de tranquilidad con la que la señora Jersen hablaba sobre tan horrendo suceso.

– Se suponía que las cosas irían mejorando pero, por el contrario la situación fue en detrimento. La temperatura iba descendiendo y la nieve iba cubriendo las calles más y más cada día. El concilio de los doce se reunió y trató de hallar una solución, pero nada se nos ocurría. Los años pasaron y manejamos la situación como mejor pudimos. Años después los líderes tuvieron otro hijo y lo educaron de la mejor manera posible, hicieron que aprendiera economía y se empapara de todos los conocimientos gerenciales para ayudarnos a hacer lo que los dioses nos negaron. Con la muerte de los líderes del Concilio quedamos sin guía, pero el hijo prodigo regresó antes de la muerte de sus padres y se fue encargando del manejo del pueblo, él y su esposa tomaron el lugar de los antiguos líderes, ella, para no ser discriminada y ganarse el respeto de las demás familias se cambió el nombre de Tatiana por el de la abuela del joven Gaspár; Ágnes Bakó…

– Sigo sin entender qué sucedió con el ritual, ¿por qué salió mal? –preguntó un tanto espantado.

– Algunos dicen que los dioses no aceptaron el sacrificio, otros que la familia cometió un error al momento de hacer los preparativos…

– ¿Y usted qué piensa? –Inquirió

– Creo que jamás lo sabré, pero no importa ya… El daño fue hecho y no hay que llorar por la leche derramada… El punto es que tanto el joven Gaspár como su esposa, comenzaron con prácticas más oscuras, sacrificaban animales a otros dioses que desconocíamos. Luego de sacrificarlos las esposas de las doce familias debíamos tener sexo con el líder del concilio para abrir las puertas del Tártaro… Yo me salí en ese momento. De manera tal que mi familia dejó de formar parte del concilio. Las cosas que hacían parecían dar resultado, las temperaturas y la nieve se iban atenuando, el comercio creció bastante y se vio la prosperidad en

el pueblo… Luego de eso, sino mal recuerdo, en el cincuenta y dos, los Bakó tuvieron un par de hijas, gemelas, siendo exactos; y el pueblo comenzó a ser incluso más fructífero.

– ¿Y entonces, por qué la nieve y el frío arreciaron después?

– Nueve años después, toda la familia fue hallada muerta en su casa, todos sus miembros, hasta las dos pequeñas…

– ¿Cuál fue la causa?

– Según Oskar Vastagh, la familia sufría de Polio. El doctor Greco Strauss fue quien hizo la autopsia y lo confirmó pero… –comentó– Yo no creería lo que los miembros del concilio me dijeran.

– ¿El concilio sigue activo hoy en día?

– Eso es algo que usted tendrá que averiguar… –finalizó la señora Jersen.

¿Qué era lo que había pasado?, se preguntaba Nathan. Era la entrevista más extraña de todas y aparte de la nota apostillada al principio, no había más comentarios de Jacobs. Las cosas se hacían más extrañas cada vez.

Nathan… Williams…

Un susurro se deslizó varias veces en la habitación, Nathan lo escuchó y recordó las palabras de Jacobs– "Los susurros son la clave" –Nathan lo pensó y asimiló que tal vez podría comunicarse con quien fuera que le estuviera llamando.

– ¿Puedes oírme? –preguntó al vacío.

– *Sí…*

– ¿Quién eres?

– *Fui…*

– ¿Quién fuiste? –Inquirió preocupado

– *Nathan…* –él no entendía que sucedía y miraba a su alrededor buscando respuestas que no iba a encontrar– *Luz… al frío…*

– ¿Qué quiere decir eso? –Preguntó nuevamente– ¿Sabes dónde está Jacobs?

– *Luz… al frío…* –seguía repitiendo la voz.

– No entiendo, ¿qué significa eso? –dijo en voz alta, casi a punto de gritar.

– *Fuego… al… hielo…*

– ¡¿Respóndeme?! –Gritó y alguien tocó a su puerta. Era Nóra quien había escuchado la voz de Nathan y fue muy preocupada a ver qué sucedía.

– ¡Nathan, abre la puerta! –Exigió. Éste recogió todo lo concerniente a la investigación y lo escondió para qué Nóra no pudiera verlo. Rápidamente fue y abrió la puerta dejando pasar a la señorita Veres– ¿Qué sucede? –preguntó preocupada.

– Nada… –respondió torpemente y sudando.

– ¿Cómo que nada? –Replicó angustiada– mírate el rostro, estás sudando en medio de tanto frío, estabas gritando cosas sin sentido…

Nathan, estoy muy preocupada por ti, te ruego que me digas qué es lo que está sucediendo –finalizó mirándolo bastante desconsolada, parecía que en verdad estaba consternada.

– Estoy bien, Nóra. En serio –le dijo con una leve sonrisa forzada para intentar tranquilizarla.

– No, no es cierto… Nathan, algo anda mal… Lo sé… Lo presiento, estás hablando solo, escuchas voces, eso no es normal. Estoy preocupada por ti, no quiero que te suceda lo mismo que a Jacobs. No quiero que te marches una noche sin más y no vuelvas al otro día.

– Eso no me va a pasar… –le dijo.

– ¿Por qué no me cuentas que está sucediendo?

– No necesitas saberlo…

Esa fue la última vez que ambos conversaron al respecto. Nathan estaba bastante confundido y muy preocupado por las notas de Jacobs… Al día siguiente se dirigió a la comisaría de Pantheon para hablar con el teniente Vastagh; en su mente aún persistía el hecho de que un informante le daría los detalles de la escena del crimen de la señora Orslov; y por si fuera poco, estaba consciente de que solo quedaban tres días para que ocurriera lo que debían evitar. Pantheon ya parecía un pueblo fantasma, no había ni una sola alma en las calles, todo estaba cubierto por una densa capa de blanca nieve y; al llegar a la comisaría, estalactitas de hielo cubrían el amplio techo de la misma. Fue y cruzó la puerta; preguntó por el Teniente Vastagh al oficial de la recepción, éste le llevó hasta la oficina y lo anunció de inmediato con el teniente.

– Pase adelante, señor Williams –dijo Vastagh– por favor, tome asiento.

Las palabras del teniente parecían relajadas, pero Nathan estaba un poco alterado pues aún en su mente permanecía toda la información que había leído la noche anterior.

– Me alegra que haya venido tan temprano… al que madruga Dios lo ayuda. O al menos eso decimos mucho por aquí –dijo sonriendo.

– Sí, bueno… no quería que pensara que no vendría, así que vine temprano –argumentó Nathan.

– No se preocupe, no lo hubiera pensado nunca –sonrió plácido. Mirarlo le causaba cierta inquietud, no podía evitar mirar su expresión al sonreír. Los ojos cerrados y ese bigote, todo su rostro era bastante inquietante.

– Dígame, ¿por qué estoy aquí, exactamente?

– Claro –dijo y se levantó de la silla– lamento si lo hago sentir en un ambiente incómodo. No quiero que piense que lo estoy instigando ni mucho menos…

– Si no le molesta; y por favor, no se ofenda, quisiera que fuera al punto –dijo y él le miró fijamente.

– Está aquí –articuló un par de palabras y cambió su expresión en

un instante– porque se irá hoy de vuelta a New York.

– ¿Perdón?

– El alcalde preparó todo, aquí tiene su boleto –los miré bastante perplejo.

– Lo siento, pero me temo que estoy perdido –Nathan reaccionó bastante extrañado por la situación– ¿Podría explicarme lo que sucede un poco más despacio? –preguntó él, bastante consternado.

– Que se va hoy. Lamentablemente, el departamento de policía de Pantheon, no puede asegurar su bienestar mientras continúe en el pueblo. Le enviamos una carta a la G.C.I.U para que se hiciera oficial, nos responderán pronto y; con toda seguridad será una respuesta positiva… Verá, señor Williams, Pantheon es un pueblo al que no le gustan las visitas de extranjeros entrometidos –dijo con cierto tono despreciable– el pueblo tiene vida y opinión propia. Y yo, al igual que el alcalde y el resto de los ciudadanos, trabajamos duro para mantener contento al pueblo…

– ¿Así que me voy porque al "pueblo" no le gusta que esté aquí investigando…? –preguntó expectante.

– Se va porque es lo mejor para el pueblo –respondió seco.

– Claro… –Nathan estaba asustado, al final parecía ser que Jacobs tenía razón, las cosas en ese pueblo estaban mal. A Nathan no le cabía la menor duda, seguro las personas de ese lugar desaparecieron a Jacobs; pero ¿por qué?

– Espero que lo entienda, señor Williams. No es que no queramos aceptar ayuda… Es que no la necesitamos –dijo y tomó el boleto nuevamente para entregárselo a Nathan– considere esto como una muestra de aprecio y cariño de parte de los ciudadanos de Pantheon. Puede retirarse, un oficial lo aguarda en la entrada de la estación, lo llevará a La Flor Silvestre. Que tenga buen día. –Tomó el boleto y se fue, lleguó a la entrada y efectivamente, ahí le esperaba un oficial para transportarle a la posada. En el camino de vuelta éste le hizo una pregunta que no esperaba.

– ¿Su amigo le habló de mí? –le preguntó a Nathan el oficial.

– ¿Mi amigo? –repreguntó Nathan.

– El detective, ¿le habló de mí? –Nathan lo pensó unos segundos y le información volvió rápidamente a su cabeza.

– Sí… lo hizo, él dijo que tendría algo para mí.

– Correcto, solo que ahora lo tiene usted –dijo y señaló por encima del hombro debajo del asiento de Nathan. Él se percató del gesto y, con su mano tanteó bajo el asiento sacando un sobre tipo oficio– Le recomiendo ocultarlo ahora bajo su abrigo. Las calles del pueblo miran, hablan y escuchan.

– A ustedes les gusta referirse a este pueblo como si fuera una persona, ya me está comenzando a molestar un poco. –dijo Nathan un poco irritado.

– Créame cuando le digo que no me refiero al pueblo. No me agrada tan siquiera éste lugar.

– ¿Qué hay en el sobre? –preguntó Nathan mientras lo ocultaba

dentro de su abrigo.

– El expediente del homicidio de la señora Orslov. Entre otras cosas que le resultaran interesantes…

– ¿Por qué me entrega esto?, si es cierto lo que me dice, entregármelo puede significar un gran riesgo para usted; podría perder todo por lo que ha luchado.

– Eso ya lo perdí… mi esposa es una de las personas desaparecidas; cuando pregunté al teniente Vastagh por la investigación me dijo, "si el pueblo la llamó, no podemos hacer nada. El pueblo habló". "El pueblo habló"… ¿puede creerlo?... si de mí dependiera, ese maldito se pudriría en una celda para siempre pero, las cosas aquí son peores de lo que parecen –dijo molesto mientras conducía y su expresión se mantenía seria y disgustada.

– Creí que la gente del pueblo era bastante leal a sus creencias… –dijo Nathan dubitativo.

– Soy ruso… a la mierda con Pantheon. –sentenció.

Al llegar a la posada, el oficial le dijo a Nathan que se cuidara y que no contara con la policía para nada. También le comentó que había estado investigando a nivel extraoficial a los miembros del departamento de policías de Pantheon; que tiene la sospecha de que algunos oficiales y personas del alto mando del pueblo estaban involucrados con las desapariciones –Ándese con cuidado, Sr. Williams– fue lo último que Nathan oiría de ese hombre aquél día.

Entrar en la posada resultó ser un conjunto de emociones para él, confusión, dolor, ira, alivio. Era increíble como las cosas habían cambiado en tan solo un día, ahora tenía que esperar las órdenes que venían directamente de la G.C.I.U hasta entonces, nada podría hacer.

– Llegaste, que bueno. Tengo a alguien en la línea para ti, me dijeron que llaman del cuartel general de la G.C.I.U en Inglaterra… –dijo Nóra un poco desanimada.

– Gracias –contestó Nathan– yo me encargo –dijo y se dirigió al teléfono de la recepción sin demora– Aquí Williams…

– ¿Qué tal estuvo su reunión con el teniente Vastagh? –preguntó una voz de hombre indiscutiblemente americano, igual que él.

– No muy bien, no tienen intenciones de que permanezca aquí. ¿Con quién hablo? –cuestionó Nathan.

– Detective Joseph Cross… Soy el encargado del departamento de investigación internacional. Decidí llamar personalmente porque creo que debes escucharlo de mí mismo, Nathan. Tus instrucciones son las siguientes, averigua qué es lo que está pasando allí, encuentra a Jacobs y regresa. Te enviaré apoyo, llegarán en tres días.

– ¿Crees que la gente de este lugar sea comprensiva?

– Recuerdas el otro maletín que Jacobs llevó?

–Sí… –respondió– ¿qué con eso?

– Su contenido está oculto en tu habitación, debajo de tu cama.

Tómalo y úsalo, lo necesitarás.

– ¿Qué hay allí?

– Tu seguro de turista… la señorita Veres te ayudará con todo lo que necesites, ya nos ocupamos de eso. Del resto, solo te pido que tengas paciencia, no hagas nada imprudente hasta que lleguen los refuerzos.

– Está bien. Lo entiendo.

– De acuerdo, te deseo suerte. –finalizó y colgó la llamada.

– ¿Crees que ya puedas confiar en mí y decirme lo que está pasando? –le preguntó Nóra.

– ¿Por qué te involucraste? –preguntó Nathan.

– Mi posada, mi pueblo, mis reglas. No iba dejar que te pasara lo mismo que a Jacobs.

– Entonces deberíamos trabajar ahora mismo…

Nathan se echó a andar hasta su habitación, buscó bajo su cama y encontró un par de maletines. Dentro de ellos había un equipo especial, chaleco, armas, municiones, cuatro granadas de luz, radios, auriculares y cuatro rastreadores.

– ¿Qué rayos vinieron a hacer aquí? –preguntó Nóra sorprendida.

– Resolver un crimen. Toma ese –le señaló el maletín de jacobs– hay que ponernos a trabajar, tengo un informe que debo leer, hay que resolver esto lo más pronto posible.

– ¿Qué te dijo el sujeto que llamó?

– Que no hiciera nada imprudente… que esperara a que llegaran los refuerzos…

– ¿Y piensas seguir esa orden? –preguntó ella.

– Quiero resolver el caso antes de que alguien más desaparezca… o muera. Así que no. –ella lo miró perpleja pero ya no tenían otra opción.

– ¿Qué pasa con los refuerzos? –cuestionó preocupada.

– Llegan en tres días –contestó mientras tomaba el contenido del maletín y se preparaba.

– Esperémoslos entonces…

– ¿Quieres esperar a que llegue el treintaiuno de diciembre, para que alguien más desaparezca del pueblo? –Nóra no había pensado en ello, su expresión cambió totalmente y ahora lucía aterrada– No hay más opciones, es ayudar a las personas del pueblo, o ver como alguien más pierde a un ser querido. Yo no sé tú, pero no tengo entre mis planes sentirme culpable por la desaparición de alguien más. –todo fue silencio y ambos comenzaron a estudiar el expediente que el oficial le había dejado a Nathan…

Casa de los Ivanenko, 28 de diciembre de 1985, 6:30 p.m.

Un ruido se escucho claramente por el pasillo que daba hacia la sala, eran pasos que intentaban ser cuidadosos pero que el rustico suelo

de madera de aquella casa ayudaba a delatar. Un hombre estaba parado frente a la chimenea de la sala intentando calentarse, al oír los pasos se giró y miró hacia quien estaba acercándose.

– Supongo que no está aquí para felicitarme por mis logros como oficial…

– Supone bien, Sr. Ivanenko…

– ¿Qué me delató? –preguntó desafiante.

– Hurgó demasiado en el pasado… hurgar en el pasado siempre deja rastros en el presente, de una u otra manera.

– ¿Y ahora que va a pasar?

– Lo mismo que le pasó a su esposa… Usted va a desaparecer.

– Maldito infeliz… entonces yo tenía razón, usted fue el culpable de todo.

– No, no fui el único culpable; pero si soy el único que intenta mantener la seguridad de todos los ciudadanos.

– ¡Hijo de perra! –gritó y se abalanzó contra aquél sujeto pero, tan rápido como un rayo, éste sacó su arma y le disparó justo en la cabeza. El oficial Ivanenko cayó el suelo inmediatamente.

– En este pueblo lo más importante, Sr. Ivanenko –le habló al cuerpo sin vida del oficial– es la lealtad y el olvido, las cosas del pasado, en el pasado se quedan; y los leales a ese principio son premiados. Por su bien, espero que no haya hablado demás mientras llevaba al señor Williams a la posada –río– por su bien… pobre hombre. Bien, debo volver al trabajo –limpió su arma y recogió el casquillo– un Teniente no debe dejar su despacho por mucho tiempo, ¿no lo cree, Sr. Ivanenko?...

Cuéntame más…